

LIBROS

Inauguración de un aeropuerto

En 1935, Faulkner publicaba *Pylon*, cuya reimpresión puede ahora adquirirse en colección de bolsillo (1). De hecho, su máxima preocupación en aquel momento era la continuación de *Absalón, Absalón*, un manuscrito abandonado en 1934 por excesos de concentración y alcohol. Creyó conveniente relajarse escribiendo una aventura de pilotos de competición, para regresar más tarde a la historia de incesto y desolación con la cabeza más serena. Escribió *Pylon* apresuradamente, corrigió las pruebas por encima y siempre la consideró una obra menor. A pesar de que en términos generales se trata, en efecto, de una de sus novelas más convencionales, *Pylon* sigue siendo un impresionante hervidero de genialidades.

Faulkner se había comprado un aeroplano en 1933, con el dinero ganado tras la adaptación cinematográfica de *Santuario*, y ese mismo año había acudido a la inauguración del aeropuerto Shushan, de Nueva Orleans (2), escenario inmodificado de la tragedia que escribiría un año más tarde. En aquella inauguración, un grupo de técnicos empresarios organizó un festival aéreo en el que perdió la vida un piloto (Charles Kenily) y otros varios sufrieron accidentes de distinta gravedad. Los empresarios ignoraban que entre los asistentes se encontraba alguien a quien aquellas muertes rituales y aquel grupo de desarraigados que volaba en torno a la inmortalidad por un sueldo de miseria, le inspirarían un relato glorioso, una venganza de los muertos.

La narración es muy lineal, pero está escrita desde esa portería del infierno que alguien alquiló a Faulkner a cambio de su vida. El centro de la peripecia es un reportero cuyos ojos "semejaban los dos agujeros negros que quedan al atravesar una cartulina con un palo encendido". Ese reportero, otro realquilado del infierno, será el encargado de conducir a un trío de aviadores (una mujer y dos hombres) a su destrucción, con la más pristina de las inocencias. En una maniobra de largo alcance, Faulkner inspira su relato en *La tierra baldía*, de

T. S. Eliot, y si el reportero es una Némesis disfrazada de J. A. Prufrock, el piloto ahogado es Flebas, el fenicio muerto y redimido por las aguas.

Los aviadores de competición habían captado la atención de Faulkner no sólo por cierta simpatía de colega, sino sobre todo por su inútil y lujosa existencia. Malviviendo de carrera en carrera, con los dólares precisos para llenar de nuevo el tanque y llegar a la siguiente competición, siempre en peligro de quedar varados, como cetáceos sin aliento, en una ciudad extraña y enemiga, Faulkner bien sabía que se trataba de aves en trance de extinción. El aspecto he-



William Faulkner.

roico de lo efímero se le aparecía en aquella imprevisión o ceguera que empujaba a los pilotos a tratar de correr más que la muerte. De uno de ellos dice: "Como no prestaba atención, sólo pudo percibir ese pesado silencio que rodea a un hombre cuando cruza el eterno Rubicón de su maldad, en el preciso instante que precede al terror y antes de que el triunfo se vuelva desaliento, mientras la criatura humana grita su desesperado '¡Yo!' en un desierto lleno de incertidumbres y temores".

Y entre los pilotos, una mujer, Laverne (¿el Averno?), compartiendo su sexo con una pareja masculina y su destino con un hijo de quien ignora el apellido. Es ella quien excita la inexorable ayuda del reportero y quien indirectamente destruye el trío. Luego abandonará a su hijo para poder seguir adelante con un nuevo embarazo. Por desgracia, los lectores de esta edición no leerán la escena clave de Laverne, no por humillaciones de la censura, sino por humillaciones de la desidia. La correcta traducción de Yáñez, se vio obligada a suprimir en tiempos de Franco un coito mal visto por los fariseos del Minis-

terio de Información. Ese coito no ha sido restituído en la edición actual, no por el gusto emascador de los verdugos estatales, sino por la opaca inercia de los industriales. Laverne, antes de su primer descenso en paracaídas, aterrada por la idea de no volver a ver al piloto tras el descenso, le obliga a fornica en pleno vuelo. Cuando salta, el traje se hace pedazos por la fuerza del aire y al caer en tierra, desnuda, es acosada por una horda de espectadores y policías simiescos que están a punto de lincharla. En la edición española, desaparecidos los elementos sexuales de la escena, el entusiasmo orgiástico de la muchedumbre es de todo punto incomprensible.

Un último personaje, Jiggs, hace de bisagra entre los pilotos, seres esenciales que se han acoplado a sus máquinas como se acoplan entre sí ("si se abrieran las venas, en lugar de sangre saldría aceite lubricante"), y el inconsciente delegado de Caronte, el reportero, Jiggs, imparable, más parecido a un caballo que a un ser humano, colabora en la urdimbre destructiva y brilla como mensajero de la oscuridad: "Había introducido su gorra en el bolsillo trasero del pantalón, doblándola y arrugándola, y la ausencia de dicha prenda en su indumentaria personal le daba el aire de un ciervo herido". Faulkner está señalando la calvicie de Jiggs, el lugar en donde la muerte ha comenzado a trabajar, y en donde se insinúa la calavera como una herida mortal. Jiggs será el único aliado del reportero, del superviviente.

Porque al final el reportero se libra de la destrucción y regresa a su periódico como Ismael regresó al suyo tras ver morir a Ahab en una carrera no menos interesante. Del mismo modo que Faulkner regresó a *Absalón, Absalón*, una vez concluido *Pylon*. Pero tuvo que interrumpirse de nuevo al llegar al capítulo 5, pues, ocho meses después de la publicación de *Pylon*, su hermano se mataba en un accidente aéreo. Se mató pilotando el aeroplano que Faulkner había comprado con los derechos de adaptación cinematográfica de *Santuario*, y se llamaba, como él mismo, William. ■ FELIX DE AZUA.

"La revuelta permanente"

"La revuelta permanente", obra de Baltasar Porcel ganadora del último Premio Espejo de España, es la biografía exacta y

puntual de un viejo militante libertario, Joan Ferrer i Farriol, que a sus ochenta y dos años cumplidos y luego de treinta y nueve de doloroso exilio mantiene íntegras sus ideas, lúcida la mente y resuelto el ánimo a seguir luchando en su defensa. Pero más que una simple biografía —autobiografía, mejor, por cuanto Porcel se limita en apariencia a transcribir las palabras del biografiado—, por muy dramática y accidentada que sea la peripecia vital del protagonista, el libro reviste la capital importancia de ser la historia interna de la acción y el pensamiento de una parte



Baltasar Porcel.

considerable del pueblo español, factor principal y víctima semipiterna de nuestras grandes tragedias nacionales.

Asombra y desconcierta por partes iguales comprobar la supina ignorancia, el cabal desconocimiento de la mayoría de nuestros políticos e intelectuales, pasados y presentes, acerca del alcance y trascendencia de los sentimientos libertarios que impregnan capas extensas y profundas del proletariado español. En el mismo acto de presentación en Madrid de "La revuelta permanente", el profesor Aranguren —ejemplo de intelectual liberal y progresista— demostró con sus palabras que si había leído el libro, su esencia se le escapara. Sólo así se explica que tras desgranar unos sobados tópicos sobre doctrinas anarquistas que considera superadas y muertas, hablase de los libertarios españoles como de una rara especie de fanáticos pseudo-religiosos; románticos, pintorescos e incluso simpáticos en su cristianismo primitivo y altruista, pero totalmente desaparecidos en la sociedad actual, con escaso arraigo popular y menor influencia en la reciente Historia de España.

(1) William Faulkner, *Pylon*. Caralt, 1978.

(2) Michael Millgate, *William Faulkner*. Barral Editores, 1972.

Este craso error acerca del enraizamiento e importancia del movimiento libertario en la vida social española, en el que muchos incurrieron con anterioridad a Aranguren, explica buen número de nuestros fracasos políticos tanto en el medio siglo de Restauración como en los ocho años de República. Lamentable sería ahora para todos que en una época venidera la persistencia en el mismo error pudiera utilizarse como explicación justificativa de parecidos fracasos en el este difícil período de transición que vivimos. Previéndonos contra este peligro de plantear al gran debate nacional exclusivamente a nivel de superestructuras, Baltasar Porcel escribe en el prólogo de su libro: "La ideología, las clases altas, la cultura, burgueses y capitalistas e incluso marxistas y socialistas durante la última década, han hablado y chillado mucho y tendido. Pero quien menos ha podido dejar oír su voz ha sido la base, la inmensa masa de ciudadanos de España". "La barrera entre el pueblo y las clases instaladas en las diversas capas del poder y del poder-oposición ha sido densa. El hombre común y anónimo ha servido para pelear y trabajar, pero siendo poco menos que ignorado en el momento de gozar y opinar. Paciente de la Historia, los agentes de ésta lo han manejado, incluso obligándole a matar y a morir, con desprecio".

A través de la existencia azarosa de este paciente de la Historia llamado Joan Ferrer —un hombre que empieza a trabajar a los once años, ingresa a los catorce en la CNT y toda su vida permanece fiel a los ideales de su primera juventud—, Porcel nos relata la vasta odisea colectiva de millones de trabajadores anónimos que durante años interminables trabajan, pelean y sufren en defensa de sus derechos vitales, que, como el biografiado, saben de hambres, marginaciones, injusticias y prisiones y pese a todo conservan viva la llama de la esperanza en un mañana mejor; que sin ambicionar un poder político que detestan son capaces de jurgárselo todo en los momentos cruciales de la vida nacional, luchando por las libertades propias y ajenas y a los que ni desmoraliza la derrota ni ensoberbece el triunfo; unos hombres audaces en la pelea que cuando termina el combate vuelven con toda sencillez a subir a los andamios o bajar a los pozos mineros para seguir ganándose honradamente el sustento, olvidando los entorchados ganados en el transcurso de la dura contienda que dejan a su espalda. "La revuelta perma-

nente" es, en resumen, la historia colectiva de unos hombres que, ignorados y desconocidos en los años anteriores a nuestra gran catástrofe nacional, vuelven a ser desconocidos e ignorados por quienes aspiran a sentar las bases de la España del futuro inmediato.

En cierto modo y sentido, la obra de Porcel, escrita con admirable y difícil sencillez, que tiene el interés apasionante de una gran novela sin dejar en ningún momento de ser exacto reflejo de una historia nacional desconocida para los españoles, guarda estrechas semejanzas con otro libro escrito hace ya cincuenta y cinco años por un notario de Bujalance. En su "Historia de las agitaciones campesinas andaluzas", Juan Díaz del Moral descubría a los políticos e intelectuales españoles las particularidades especiales y la esencia libertaria de las rebeldías labriegas de la antigua Bética. Por desgracia, las positivas lecciones que cabía extraer de su libro fueron lamentablemente olvidadas por los gobernantes de la Segunda República. ¡Ojalá no corran la misma suerte las que ahora pueden extraer de esta "Revuelta permanente" y una gran parte del pueblo español no continúe siendo el gran desconocido para nuestros futuros gobernantes! ■ E. DE GUZMAN.

El indio en la nueva literatura

La obra literaria latinoamericana contemporánea, tan cercana, por una parte, y tan desconocida, por otra, hasta hace poco más de diez años, ha venido a enriquecer las manifestaciones artísticas de la lengua española, tanto en el terreno de la poesía como en el de la prosa. Y es que en el declive del oscuro túnel de la dictadura, durante la cual llegaron a ganar importantes premios nacionales obras de tan escaso valor literario como las de José María Gironella, la novela capaz de sumergirnos de lleno en el modo de sentir y actuar de los pueblos americanos venía a ser como un brote de agua fresca para los anhelos obligadamente adormecidos del lector español medio.

Aunque algunos autores han denominado a la literatura latinoamericana como "alienada", en la medida en que la estructura de poder internacional mantenía a estas culturas enajenadas de sí mismas dentro del contexto de la "cultura univer-



Manuel Scorza.

sal" (por llamar de alguna manera a las manifestaciones artísticas, filosóficas y científicas predominantes en el mundo occidental), ya hace más de cinco décadas que ha conseguido subjetivizar sus realizaciones y obtener esa síntesis de estilo y expresión que subsume lo propio en la forma general enraizando lo autóctono en lo "clásico".

En la mayoría de los casos, este fenómeno es consecuencia de una toma de conciencia en el terreno político y social, causa directa de una revalorización de todo aquello que pertenece al pueblo, a "su pueblo" en última instancia. Es el gran intento por encontrar su identidad, por definirse y por darse a conocer. Al mismo tiempo, y en la medida en que esta revalorización de lo propio supone una liberación de las normas y las sendas trazadas en Europa, constituye una pequeña revolución de las letras, haciendo ostentación de una gran libertad de lenguaje y de estilo, trayendo al lector el habla popular, o el habla indígena, y saltándose tranquilamente las normas gramaticales y estilísticas a las que estábamos acostumbrados.

De toda la literatura que nos empezó a llegar de América Latina alrededor de los años sesenta (muy poco a poco, casi con cuentagotas), tal vez una de las que más se fueron fijando como lectura obligada para los aficionados españoles sea la de los jóvenes escritores peruanos. No es coincidencia, para ello, el que Vargas Llosa resida en Barcelona y su editor sea Carlos Barral. Aunque, al igual que la obra de muchos otros latinoamericanos, las novelas de este escritor nos llegaron, en un principio, desde París.

Vargas Llosa, como Cognains, Ribeyro, y algunos otros, nos transporta al mundo criollo de las ciudades costeras peruanas, haciéndonos vivir sus pequeñeces y grandezas cotidianas,

mostrándonos el mundo estrecho de las clases burguesas medias y acomodadas, o rasgando para nosotros toda la crudeza de los habitantes de las "barriadas", su miseria, su in-comunicación con los ciudadanos de siempre, la crueldad de sus relaciones cotidianas a todo nivel.

Otros autores han intentado desvelar para el resto del mundo las actitudes, sentimientos, ideales y modos de vida de ese otro gran sector de la sociedad peruana, ese sector que ocupa las dos terceras partes de la sierra, de la gran extensión de territorio ocupada por los Andes: el del indio.

El mundo de la sierra no tiene nada que ver con el del criollo costero. La cultura predominante en esta zona es todavía muy similar a la que existía en la época prehispánica. Un 85 por 100 de la población habla quechua (de los cuales un 75 por 100 no habla ninguna otra lengua) y mantienen todas sus creencias y valores autóctonos, diferenciando claramente entre los blancos, o mistis, dueños de las grandes haciendas levantadas en las tierras que les han arrebatado a los indígenas de la zona, y éstos. Por su parte, los indios también son de dos clases: los "siervos de hacienda", aquellos que viven en y de las haciendas de los blancos, y hasta hace poco en un régimen de dependencia muy cercano al de la esclavitud, y los de las comunidades libres, esos que han logrado conservar una pequeña parte de su territorio anterior a la época de la conquista, y malviven miseramente, pero también dignamente, despreciando al blanco con un odio que contrasta con el gran sentido de la solidaridad y del cariño que mantienen hacia los otros miembros de sus comunidades y su cultura. Hemos podido llegar a conocer este mundo y estas gentes gracias a los escritos de algunos blancos que se han criado entre ellos, como un indígena más, pero que, dada su peculiaridad de ser hijos de blancos, en algún momento de su vida han tenido acceso a una formación y educación universitaria de tipo occidental que les ha permitido trasladar a nuestra lengua y a nuestra literatura las experiencias vividas en quechua y con mentalidad inca.

Los primeros autores que intentaron esta tarea fueron Ciro Alegría y José María Arguedas. El primero es originario de una zona en donde el indio es mayoritariamente siervo de las haciendas y ha perdido en buena medida las costumbres y las tradiciones incas, aunque siga constituyendo una clase social